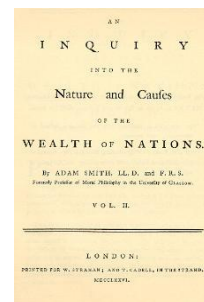
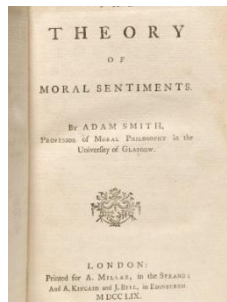


## TREBALL FI DE GRAU DE FILOSOFIA



VNIVERSITAT  
DE VALÈNCIA



### *Análisis de la Teoría de los sentimientos morales y La riqueza de las naciones, de ADAM SMITH, y su relación con la RSE*

Per: Arturo J. Gradolí Sandemetrico  
Tutor: Doctor Enrique Herreras Maldonado  
Curs acadèmic: 2014/2015

## Índice

1. Introducción .....	2
2. La figura de Adam Smith .....	5
3. Análisis de <i>La Teoría de los Sentimientos Morales</i> .....	6
4. Análisis de <i>La Riqueza de las Naciones</i> .....	15
5. “El problema de Adam Smith” .....	29
6. Responsabilidad Social Empresarial .....	34
6.1 Introducción .....	34
6.2 Estrategia de la Unión Europea .....	35
6.3 La apuesta por un nuevo modelo de empresa .....	37
7. Conclusiones .....	41
8. Bibliografía .....	50

## 1. Introducción

El presente trabajo se inscribe dentro de una corriente actual en la que se intenta buscar otro modo de entender la economía para hallar los lazos que unen esta actividad con la ética. En este sentido, es importante llegar a las raíces de la ciencia económica moderna, es decir, a la teoría de Adam Smith. Una teoría que frecuentemente se ha vinculado con el cambio de paradigma acaecido en la modernidad, y que se relaciona sobre todo, por el predominio de un modelo de la economía mecanicista con pretensiones científicas, a raíz de las cuales se ha obrado la radical separación entre lo económico y lo ético.

Uno de los aspectos teóricos que ha influido en este cambio, ha consistido en la habitual lectura por separado de los dos libros más influyentes del filósofo Adam Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, publicado en 1759, y *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, en 1776. Mi propósito es analizar de forma pormenorizada esas dos obras con el fin de tratar de dar la vuelta a las interpretaciones habituales, y así poder demostrar –esa es la tesis principal de este trabajo– que ambas son complementarias y compatibles entre sí. En la primera Smith sienta las bases de la condición humana, y en la segunda, elabora una teoría político-económica permeada de valores éticos basados en las virtudes del primer libro. Pero mi reto va más allá, al percibir, después de esta investigación, que el filósofo escocés pudiera ser, de alguna manera, el precursor de la moderna Responsabilidad Social Empresarial.

La tesis que propongo es el resultado del estudio de ambas obras, en el que he tratado de evitar en lo posible cualquier tipo de juicio previo, a fin de no ser influido por las corrientes de opinión acerca de Smith. En este sentido, quiero resaltar que mi acercamiento a su pensamiento se ha producido a partir de una atenta relectura de los dos libros, es decir, he acudido a las fuentes primarias, al tiempo que he ido formulando los análisis con las reflexiones que surgen a raíz de esa escrupulosa relectura. Una vez hecho esto, he consultado otros autores y estudios sobre Smith, los cuales me han ayudado a

contrastar y conformar las tesis planteadas ya que según mi opinión, es necesario este tipo de aproximación a los pensadores que estudio para tratar de comprender la esencia de su mensaje, sin intermediarios. Es una opción que he puesto en práctica a lo largo de mis estudios de Filosofía, por lo que me ha parecido oportuno hacerlo así también en este trabajo final de carrera.

Con el propósito de comprender el sentido de algunos términos importantes así como posibles errores en las traducciones de los mismos, he estudiado parcialmente las ediciones originales de *The Theory of Moral Sentiments* publicado en Londres y Edimburgo en 1759, y *An Inquiry into de Nature and Causes of the Wealth of Nations* publicado en Londres en 1776, así como la primera traducción española de *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* realizada en Valladolid en 1794.

Adam Smith, conocido como el padre del “capitalismo”, aunque él nunca utilizó ese término, es también, desde mi punto de vista, un precursor de “Educación para todos” propugnada por la UNESCO, así como de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y de la Responsabilidad Social Empresarial (RSE), que es, la integración voluntaria por parte de las empresas de las preocupaciones sociales y medioambientales en sus operaciones comerciales y en sus relaciones con sus interlocutores.

La señalada visión tradicional, amparada en unas pocas frases de entre miles de ellas, así como interpretaciones que han podido caer dentro de un error-categorial ryleano, ha sido utilizada, quizás inadvertidamente, para desvalorizar toda su extensa aportación filosófica, económica y política. Uno de los hechos que corrobora la habitual separación de estos dos libros, es que ambos trabajos están incluidos en el índice de libros prohibidos por la Iglesia Católica en su “*Index librorum prohibitorum et expurgatorum*”, y sus ideas genuinas han sido distorsionadas a la opinión pública general, tal como ocurrió con el legado de Nietzsche un siglo después.

Para la realización del trabajo he planteado la siguiente estructura. En primer lugar, haré una breve presentación del filósofo escocés y su entorno histórico. A continuación, redactaré un análisis de ambos libros aportando las reflexiones personales. Después de una exposición sobre diversas tesis a favor y en contra del “Problema de Adam Smith”, perfilaré una introducción al concepto de RSE para ver si los motivos de su existencia casan con las ideas genuinas de Smith. Finalizaré con unas consideraciones de todo lo expuesto anteriormente, y que servirán de fundamento para enumerar las conclusiones finales, las cuales revelarán, después de la investigación realizada, la gran influencia que Adam Smith ha tenido y sigue teniendo actualmente en las esferas económica, política y civil.

A sabiendas de que quizás no proceda en un trabajo de final de grado explicar la génesis del mismo, quiero comentar que, mi “descubrimiento” de Adam Smith fue un acontecimiento verdaderamente inesperado y seductor. Porque, si bien desde hace algún tiempo, estoy inserto en el estudio del significado teórico-práctico de la RSE, de repente, sin preverlo, y por decirlo en una frase inspiradora, me sobrevino este pensamiento: “Y en eso, llegó Adam Smith y lo cambió todo”. Realmente, su lectura, me provocó una especie de síndrome, aquel que experimentó probablemente Stendhal cuando entró en la Santa Croce de Florencia.

Así pues, al leer las dos obras fundamentales de Smith con mucha atención, mi sorpresa fue mayúscula al observar que este hombre del siglo XVIII podría perfectamente estar hoy día ofreciendo buenas tertulias y sabias indicaciones sobre los problemas que nos atañen a los ciudadanos. Smith, un hombre, que quizás como muchos otros, no ha tenido la fortuna de ser considerado una estrella de la filosofía como son Aristóteles o Kant, en verdad me ha seducido, y mi interés, además del esperado en un trabajo de final de grado, es que al menos, alguien se sienta interesado, o interesada, en descubrir a Adam Smith y extraiga sus propias conclusiones.

## 2. La figura de Adam Smith

Adam Smith (1723-1790) nació en Kirkcaldy, un pueblo costero de Escocia cerca de Edimburgo. En 1737 ingresó en la Universidad de Glasgow y recibió la influencia de la Ilustración Escocesa al estudiar con Francis Hutcheson, entre otros. En 1751 fue nombrado Catedrático en la misma Universidad, primero en lógica y después en filosofía moral, una disciplina que incluía ética, derecho, ciencias humanas, sociales, económicas y políticas. Es aquí donde entabla una firme amistad con David Hume y Hutcheson, dos figuras que aportarían una importante influencia en su obra.

En 1759 publicó su primer libro, *La teoría de los sentimientos morales*. En 1764 abandonó la Universidad y durante tres años viajó por Francia y Suiza, donde tuvo la oportunidad de conocer a Voltaire, A.R.J. Turgot y al famoso médico François Quesnay, líder de la primera escuela económica conocida como la fisiocracia. En 1767 regresa a Kirkcaldy y dedica los diez años siguientes a escribir *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* publicada en 1776.

El contexto histórico de Smith está marcado por los abusos de las élites más poderosas en un momento de transformación económica, social y tecnológica que se inició en la segunda mitad del siglo XVIII con la revolución industrial británica. Sus obras son un manifiesto filosófico revolucionario en las que tiemblan tanto los privilegios de las poderosas élites enemigas de la libertad, así como de las supersticiones y fanatismos, y el grueso de su contenido se pone a favor de las clases más desfavorecidas, del trabajo moderado y de la economía de mercado de competencia genuinamente libre, pero sobre todo, de la libertad, la justicia, la equidad y la Paz, elementos que son el motor de la riqueza de las naciones en palabras de Smith. Su noción de liberalismo hay que entenderla en el contexto histórico del siglo XVIII, que en realidad, se trata de un liberalismo pensado para regular y aplacar los privilegios de las élites poderosas que dominaban con un «miserable espíritu del monopolio», la economía, la religión, la educación y la moral.

### 3. Análisis de *La Teoría de los Sentimientos Morales*

Tags: simpatía, templanza, prudencia, frugalidad, odio, ambición, benevolencia, egoísmo, principio del deber, amor propio, mano invisible.

«La simpatía, aunque su significado fue quizá originalmente el mismo, puede hoy utilizarse sin mucha equivocación para denotar nuestra compañía en el sentimiento ante cualquier pasión» (Smith 2013:52).

Para Smith, la imaginación es una facultad que nos permite formar alguna concepción de lo que son las sensaciones de otros, representándonos lo que serían las nuestras propias si nos halláramos en el lugar de la otra persona. Pero esa sensación del “otro” es parcial, porque como él mismo dice, influenciado quizá por David Hume, «nuestra imaginación puede copiar las impresiones de nuestros sentidos, pero no de los suyos [otros]» (2013:50). Es decir, una idea que hoy denominaríamos empatía, y que en lenguaje científico vendría a ser algo así como imitación de las neuronas espejo, que son aquellas que se activan por imitación cuando alguien ejecuta una acción o aflora una sensibilidad al observarlas en otro individuo. De todos modos, habrá que matizar que para Smith, el grado de simpatía es mayor en unas pasiones que en otras, como cuando dice que el amor es una pasión agradable y el enojo desagradable, y un poco más adelante, que las emociones amargas y dolorosas de la pesadumbre y la animadversión requieren con más vehemencia el consuelo reparador de la simpatía (2013:60).

Como podemos observar, Smith afirma que simpatizamos con la alegría de nuestros compañeros que prosperan y, además, simpatizamos con el dolor de nuestro prójimo cuando lo vemos sumido en el infortunio (2013:153). Así pues, Smith también relacionará más adelante la simpatía con el humanitarismo, cuando dice que las acciones más humanitarias no requieren ninguna abnegación, ningún control y ningún ejercicio esforzado del sentido de la corrección. Sólo consisten, según él, en hacer lo que esa simpatía exquisita por su cuenta nos impulsaría a hacer (2013:333).

Por lo tanto, la simpatía, connatural, estructural al ser humano, es lo que imaginamos acerca de los sentimientos de otros, por lo que estas imaginaciones pueden ser erróneas; ya que podemos imaginar que alguien está alimentando a un hambriento y sin embargo podría estar envenenándole. La simpatía propende a disfrutar con el bien ajeno, y la antipatía y el odio, con el mal ajeno (2013:150). La simpatía, desde la consideración de Smith, también es la concordancia entre nuestros sentimientos y las acciones que percibimos de los otros, a las que enjuicamos como acciones correctas si concuerdan con nuestros sentimientos, y de incorrectas si no es así; pero eso significa que tal corrección es subjetiva. Por ejemplo, al tomar casos contemporáneos muy descriptivos, como el de los mafiosos, o el de los criminales nazis, la visión de Smith sería que, habría simpatía entre ellos porque comparten unos mismos “valores” y propósitos. Es por lo que Smith deberá asumir desde su convicción universalista que existen valores universales como la dignidad, la libertad y el humanitarismo, tres ámbitos que son el contenido moral que dirige la facultad de la imaginación ante cualquier pasión.

Acerca de los apetitos que se originan en el cuerpo, tales como el deseo sexual o el hambre, dice Smith que cualquier expresión vehemente de los mismos es repugnante y desagradable. Y más aún: «el dominio sobre estos apetitos del cuerpo estriba la virtud que es con propiedad denominada templanza. El restringirlos dentro de los límites prescritos por el cuidado de la salud y la fortuna corresponde a la prudencia» (2013:85).

En realidad, Smith señala que, hay pasiones que surgen totalmente de la imaginación, como el amor, el desengaño amoroso o la ambición, y que darán lugar por el motivo de salir de la propia imaginación a más simpatía por parte del “otro”, que los que se originan en el cuerpo. Por ejemplo, al ver a alguien con un hambre atroz. En este contexto, incluye el odio y la animadversión con todas sus diferentes variantes como pasiones de la imaginación antisociales, señalando que «el odio y la ira son el mayor veneno para la felicidad de una mente buena» (2013:99). Esta percepción, según parece evidente en el texto, apunta a la liberalidad, humanitarismo, amabilidad, compasión, amistad y estima recíproca, como pasiones sociales (2013:102).

Seguidamente, Smith analiza el origen de la ambición y de la distinción de rangos. Y la conclusión a la que llega es que la ambición, la avaricia, la persecución de la riqueza, del poder o de la preeminencia, no surgen del sosiego o del placer, sino de la vanidad, porque ésta siempre se funda en la creencia de que somos objeto de atención y aprobación. Esa vanidad hace que el hombre rico sienta que sus riquezas le hacen objeto de atención y aprobación por parte del mundo, ya que el hombre pobre, por el contrario, se siente avergonzado de su pobreza. Esta última aseveración se produce porque, o bien lo excluye de la atención de la gente, o bien, si le prestan alguna atención, tienen escasa conmiseración ante la miseria y el infortunio que padece. De este modo con la disposición humana a acompañar todas las pasiones de los ricos y los poderosos, se funda la distinción entre rangos y jerarquía de la sociedad.

Quiero hacer notar que nuestro autor, está describiendo la realidad que él encuentra en su sociedad, pero eso no significa que la comparta. La cuestión es que está señalando que hay una disposición natural en el hombre a admirar, y por consiguiente, a imitar a los ricos e importantes. Esto dicho con sus propias palabras suena así:

«Los principales objetivos de la ambición y la emulación son merecer, conseguir y disfrutar el respeto y la admiración de los demás. Se abren ante nosotros dos caminos, ambos conducentes al mismo anhelado objetivo; uno de ellos, mediante el estudio del saber y la práctica de la virtud; el otro, mediante la adquisición de riquezas y grandezas. Se nos presentan dos personalidades desiguales para nuestra emulación; una con orgullosa ambición y ostensible codicia, la otra con humilde modestia y equitativa justicia» (2013:137).

Smith se decanta, pues, por la opción de la modestia y la justicia, subrayando además que la amplia masa de la humanidad son admiradores y adoradores desinteresados de la riqueza y la grandeza.

Habría que recordar que según Smith, el sentido del deber debería ser el principio rector y director de nuestro comportamiento, tal como lo indica la Filosofía y el sentido común,

pero también se pregunta acerca de cuándo, o en qué casos, nuestras acciones han de provenir exclusivamente de un sentido del deber o del respeto de las reglas generales. En esta tesitura subraya que en algunos casos otro sentimiento o afecto ha de primar sobre el deber. Lo que está queriendo decir es que, aunque no puede establecerse con mucha precisión, pero como ejemplo clarificador, deberá primar el afecto de un padre a su hijo antes que el deber de ese afecto.

En el caso de un empresario, para demostrar esto, Smith, pone el ejemplo de que anhelar o urdir tramas para conseguir un solo chelín, degradaría al empresario más vulgar a los ojos de sus vecinos. Dicho empresario debería proceder, según él, tan sólo desde el respeto a la regla general que prescribe con inexorable severidad ese estilo impropio de comportamiento en todas las personas de su profesión. Por un lado, nos dice que no todo vale para ganar dinero [«El único uso del dinero es la circulación de bienes» (Smith 2011:436)], y, por otro, que el “cómo” se gana es importante, además de que la sociedad tiene en cuenta las acciones del empresariado. Es decir, lo que está haciendo notar es cierto interés de la sociedad en la responsabilidad del empresario, y, por ende, de las empresas.

Al mismo tiempo, cobra relevancia su afirmación de que un empresario será considerado poca cosa por sus colegas si no se afana por conseguir lo que ellos llaman un trabajo extraordinario, o un beneficio fuera de lo común. Con ello se refiere a que un empresario debe ganar dinero, cosa primordial necesaria para que una empresa privada sea sostenible en el tiempo. El problema sería de nuevo “cómo” lo gana. Su respuesta es la siguiente:

«Las grandes metas del propio interés, cuya pérdida o adquisición modifica bastante el rango de la persona son los objetivos de la pasión apropiadamente denominada ambición, una pasión que cuando se mantiene dentro de las fronteras de la prudencia y la justicia es siempre admirada en el mundo, y a veces incluso

ostenta una cierta grandeza irregular que deslumbra la imaginación cuando traspasa los límites de ambas virtudes, y resulta no solo injusta sino extravagante» (2013:306).

Vemos por tanto, que en la primera parte Smith deja bien clara la necesidad de la virtud de la justicia como elemento regulador, porque sus reglas son impedir que dañemos a nuestro prójimo. Esto lo complementa en la segunda parte, en la que parece estar recordando la afirmación anterior de la disposición humana a acompañar todas las pasiones de los ricos y los poderosos. Respecto del propio interés, un tema crucial, Smith lo deja claro en esta frase:

«El individuo sabio y virtuoso está siempre dispuesto a que su propio interés particular sea sacrificado al interés general de su estamento o grupo. También está dispuesto en todo momento a que el interés de ese estamento o grupo sea sacrificado al interés mayor del estado, del que es una parte subordinada» (2013:410).

Es decir, el propio interés [own interest, self interest] nada tiene que ver con el egoísmo [*selfishness*]. Y siguiendo por este camino, descubrimos que en un capítulo dedicado a relacionar la belleza con la utilidad y las producciones artificiosas, aparece por primera y única vez en todo el libro la referencia a una “mano invisible”:

«El producto de la tierra mantiene en todos los tiempos prácticamente el número de habitantes que es capaz de mantener. Los ricos sólo seleccionan del conjunto lo que es más precioso y agradable. Ellos consumen apenas más que los pobres, y a pesar de su natural egoísmo y avaricia, aunque sólo buscan su propia conveniencia, aunque el único fin que se proponen es la satisfacción de sus propios vanos e insaciables deseos, dividen con los pobres el fruto de todas sus propiedades. Una mano invisible los conduce a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida que habrá tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones iguales entre todos los habitantes, y así sin pretenderlo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y aportan medios para la multiplicación de la especie» (2013:324).

Sin embargo, no queda en claro en ningún momento a qué se refiere Smith con la expresión “mano invisible”. No se sabe si esta mano surge por un influjo de alguna Providencia, o por algún epifenómeno que emerge de la propia complejidad de las relaciones económicas. Personalmente propugno la concepción epifenoménica como más plausible. El caso es que no hace más referencias a la misma en todo el libro. Sólo en *La Riqueza de las Naciones* volverá a aparecer una única vez también la “mano invisible” (2011:554) y se hará al referirse a los ricos y “su natural egoísmo y avaricia”. Es evidente que no está refiriéndose a que el egoísmo y la avaricia sean disposiciones estructurales del ser humano, ya que si así fuera, también incluiría a los pobres con estas mismas disposiciones.

Otro punto cardinal en Smith es el estudio de la naturaleza de la virtud que realiza desde la explicación de la benevolencia. Para él, la benevolencia es una virtud, una noción incluso avalada por muchos datos de la naturaleza humana. A la postre, según él, la correcta benevolencia cuando no está mediatizada, digamos por la racionalidad instrumental o calculadora, confiere a los actos que de ella proceden una belleza superior a todas las demás virtudes. Y esto lo dice amparándose y suscribiendo las tesis de Hutcheson, ya que la perfección de la benevolencia consiste en dirigir los actos humanos hacia la promoción del mayor bien posible y en someter todos los afectos inferiores al anhelo de la felicidad general de la humanidad.

Sin embargo, respecto del amor propio, parece más bien tomar la idea de Hume de que los seres humanos no son egoístas por naturaleza sino justo lo contrario, que por naturaleza están interesados en los demás. Un pensamiento en el que no coincide con Hutcheson, sobre todo cuando éste afirma que el amor propio es un principio que jamás podía ser virtuoso en ningún grado y en ningún sentido, y era vicioso cuando obstruía el bien común. Es decir, para Hutcheson toda acción derivada del amor propio, o es un vicio, o es meramente inocente, todo lo contrario de lo que es para Smith, que afirma, que el cuidar de uno mismo, de la salud, de la vida o de la fortuna es: «algo que la sola supervivencia debería bastar para impelerlo a hacer, eso sería un fallo, aunque uno de

esos fallos amables que transforman a una persona en objeto más de lástima que de menosprecio u odio» (2013:515).

Entonces, la consideración al bienestar social no es la única motivación virtuosa de los actos, sino que en cualquier competencia debe equilibrarse frente a todas las demás motivaciones. En un párrafo que habla del “sistema pernicioso” del Dr. Mandeville, Smith subraya que: «El amor propio puede ser muchas veces un motivo virtuoso para actuar» (2013:521). Por lo señalado, pienso que queda suficientemente claro que el amor propio en ningún caso para Smith significa egoísmo, sino que en su alusión a la supervivencia parece manifestar que más bien sea una actitud estructural, innata, al ser humano. También parece evidente que el interés propio no es consustancial de los actos viciosos, sino que se da también de acciones virtuosas. A partir de lo anterior podemos comprender ya el significado de la primera frase que aparece en el libro y que probablemente Smith no la escribió en el lugar más apropiado para su mejor entendimiento, ya que su interpretación como frase inicial, a mi entender, no está bien significada en el contexto general del libro:

«Por más egoísta que se pueda suponer al hombre, existen evidentemente en su naturaleza algunos principios que le hacen interesarse por la suerte de otros, y hacen que la felicidad de éstos le resulte necesaria, aunque no derive de ella nada más que el placer de contemplarla» (2013:49).

No está afirmando, pues, que el hombre sea egoísta por naturaleza, sino que, simplemente está rebatiendo implícitamente a Hobbes. Y esto se puede comprobar cuando Smith señala “que se pueda suponer al hombre”. Y es, en la sección III del capítulo referido a los sistemas que hacen de la razón el principio de la aprobación, cuando se refrendará tal reprobación.

Con una introducción sobre Hobbes, Smith apunta que la intención declarada de ese filósofo era la de someter las conciencias de los hombres de un modo inmediato a los

poderes civiles y no a los eclesiásticos, porque piensa Smith, que Hobbes defendía que la esencia de las virtudes y de los vicios, encontraba mejor su acomodo en la inmanencia humana que en la trascendencia sobrenatural. Sirvan estas palabras para incidir en lo dicho: «por la razón descubrimos los criterios generales de la justicia por los cuales debemos regular todos nuestros actos» (2013:541). Para Smith, en fin, las normas generales, es decir, casi todas las virtudes de la moral, como prudencia, caridad, liberalidad, gratitud y amistad, se forman como todas las demás máximas generales, es decir, a partir de la experiencia y la inducción. Y como esta última es una operación de la razón, entonces, derivamos de la razón todas esas máximas e ideas generales. Por ello, continúa diciendo que «es totalmente absurdo suponer que las primeras percepciones del bien y del mal pueden derivar de la razón, sino del sentimiento y emoción inmediatos» (2013:542). Sin embargo:

«El placer y el dolor son los grandes objetos de deseo y aversión, pero ellos no son distinguidos por la razón sino por el sentimiento y la sensación inmediatos. Por tanto, si la virtud ha de ser deseable por sí misma y el vicio análogamente objeto de rechazo, no puede ser la razón lo que originalmente distinga estas diversas cualidades sino del sentimiento y la emoción inmediatos. Pero como en cierto sentido cabe afirmar con justicia que la razón es el principio de la aprobación y la desaprobación, estos sentimientos fueron inadvertidamente considerados durante mucho tiempo como provenientes de las operaciones de dicha facultad» (2013:543).

En este orden de cosas, Smith recalca en varias ocasiones la idea de las primeras percepciones y el origen, pero no deja claro en éstos párrafos a qué se refiere con exactitud. Anteriormente se había referido al amor, al desengaño amoroso, a la ambición, al odio y a la animadversión como pasiones de la imaginación; y a la liberalidad, al humanitarismo, a la amabilidad, a la compasión, la amistad y estima recíproca, como simplemente pasiones sociales, sin el adjetivo de la imaginación. Probablemente se refiera a las pasiones sociales como actitudes racionales necesarias para la vida en comunidad. En este sentido, refrenda abiertamente a Hutcheson cuando éste, en su libro *Illustrations upon the moral sense* de 1728, escribe con cierta precisión en qué

aspecto cabe sostener que las discriminaciones brotan de la razón y en qué aspectos se basan en el sentimiento y la emoción inmediata.

Estas reflexiones quedan un tanto en el aire, porque el propio Smith advierte que escribirá otro estudio referido a la administración, las finanzas públicas, la defensa y todo lo que cae bajo el ámbito legislativo, avanzando de esta manera su estudio sobre *La riqueza de las naciones*.

#### 4. Análisis de *La Riqueza de las Naciones*

Tags: división del trabajo, tecnología, competencia, trabajo moderado, prodigalidad, frugalidad, laboriosidad, interés propio, propiedad privada, benevolencia, mano invisible, esclavitud, justicia, paz, educación.

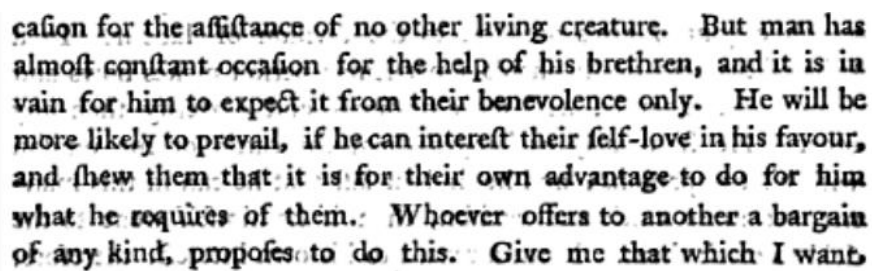
Un primer punto que encuentro necesario subrayar del estudio de esta obra, es cuando Smith afirma que la eficiencia o productividad en el trabajo que proporciona más riqueza, se debe fundamentalmente a dos razones: primera, a la división del trabajo que procura un aumento en la destreza de todo trabajador individual, y al ahorro del tiempo que normalmente pierde un operario al pasar de un tipo de tarea a otro, y segunda, a la intervención de un gran número de máquinas que facilitan y abrevian la labor y permiten que un hombre haga el trabajo de muchos (Smith 2011:37). Esa mayor productividad subraya Smith, no es debida mayormente al talento natural o innato de las personas, sino al efecto de la división del trabajo, porque la diferencia entre dos personas totalmente distintas, como por ejemplo un filósofo y un vulgar mozo de cuerda, parece surgir no tanto de la naturaleza como del hábito, la costumbre y la educación. Vemos por tanto, que, el filósofo escocés, está abiertamente propugnando y promoviendo que la tecnología es un pilar esencial para procurar más riqueza al conjunto de la sociedad.

Y si Smith especula acerca del origen o principio de la división del trabajo, es porque es uno de los principios originales de la naturaleza humana, de los que no se pueden dar más detalles, o si, como parece más probable, es la consecuencia necesaria de las facultades de la razón y el lenguaje. Es así como comienza a especular sobre este tema, al que dará un mayor resorte sobre todo cuando se refiera a la limitación del trabajo, en concreto cuando dice que: «Así como la capacidad de intercambiar da lugar a la división del trabajo, así la profundidad de esta división debe estar limitada por la extensión de esa capacidad, o en otras palabras por la extensión del mercado» (2011:49).

Después de hacer la analogía que plantea Smith entre un perro que se esfuerza con mil zalamerías en atraer la atención de su amo durante la cena para que le dé algo de comida, y uno que estuviera en un estado natural completamente independiente y no necesita la atención de nadie, Smith llega a la siguiente consideración:

«El hombre, en cambio, está casi permanentemente necesitado de la ayuda de sus semejantes, y le resultará inútil esperarla exclusivamente de su benevolencia. Es más probable que la consiga si puede dirigir en su favor el propio interés de los demás, y mostrarles que el actuar según él demanda redundará en beneficio de ellos. Esto es lo que propone cualquiera que ofrece un trato» (2011:45).

Quiero recalcar el término “el propio interés” [*self-love*]. En la primera edición de *An Inquiry into de Nature and Causes of the Wealth of Nations* de 1776 (Smith 1776:17) reza este párrafo así:



caſion for the aſſiſtance of no other living creature. But man has almoſt conſtant occaſion for the help of his brethren, and it is in vain for him to expect it from their benevolence only. He will be more likely to prevail, if he can intereſt their ſelf-love in his favour, and ſhew them that it is for their own advantage to do for him what he requires of them. Whoever offers to another a bargain of any kind, propoſes to do this. Give me that which I want.

Es decir, en ningún momento Smith habla de egoísmo [*selfishness*], como ya vimos en el análisis del anterior libro, sino de amor propio [*self-love*] y de la persuasión en favor de uno considerando el interés propio del otro. A continuación tenemos otro párrafo esencial que, considero, ha sido erróneamente traducido en algunas traducciones y cuya interpretación tradicional lo ha situado en una de las causas principales de la controversia y el conocido como “Problema de Adam Smith”, que tal como veremos más adelante, en realidad se trata de un supuesto “problema”:

«No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura nuestra cena, sino el cuidado que ponen ellos en su propio beneficio. No nos dirigimos a su humanidad sino a su propio interés, y jamás les hablamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas» (2011:46).

Quiero también recalcar los términos *own interest* y *self-love* (Smith 1776:17):

*in need of. It is not from the benevolence of the butcher, the brewer, or the baker, that we expect our dinner, but from their regard to their own interest. We address ourselves not to their humanity but to their self-love, and never talk to them of our own necessities but of their advantages. Nobody but a beggar*

También en este caso no se habla de egoísmo; y con el fin de acercar la traducción al significado de las palabras que a veces son interpretadas en el contexto histórico de forma diferente, pongo a continuación la traducción al castellano del libro *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* realizada en Valladolid en 1794 por D. José Alonso Ortiz (Smith 1794:23):

*de la sociedad civil. No de la benevolencia del carnicero, del vinatero, del panadero, sino de sus miras al interés propio es de quien esperamos y debemos esperar nuestro alimento. No imploramos su humanidad, sino acudimos á su amor propio; nunca les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas. Solo el men-*

Como podemos observar, el traductor, ha contextualizado algún término, como el de “vinatero” en lugar de “cervecero”, sin embargo ha mantenido el de amor propio, con lo queda bastante claro que el significado de amor propio parece ser el que corresponde al escrito original.

Una vez señalado esto, es necesario pararse en el asunto de los salarios del trabajo, ya que Smith afirma que son el estímulo del esfuerzo que está en relación con el incentivo que recibe una persona. Y paradójicamente, Smith ya señalaba en su momento que los

trabajadores son más activos, diligentes y eficaces donde los salarios son altos que donde son bajos (2011:129). Por eso advierte de que «una retribución generosa del trabajo, al permitirles cuidar mejor de sus hijos, y en consecuencia, criar un número mayor, tiende naturalmente a ampliar y extender ese límite» (2011:127), y analiza a continuación la relación entre oferta y demanda del número de trabajadores disponibles y la fuerza de trabajo, para justificar las fluctuaciones en el aumento o reducción de los salarios en función de las circunstancias que acontecen en la sociedad. Sin embargo, como se puede comprobar, Smith aboga por un trabajo moderado que trate de evitar los incentivos por trabajar a destajo que provocan incluso enfermedades. Dentro de esta reflexión, menciona a un eminente médico italiano de la época, Ramazzini (2011:130), para reforzar esta idea, y además culpa a los patronos de esta perversión que afecta peligrosamente a la salud: «si los patronos escucharan siempre los dictados de la razón y la humanidad, tendrían repetidas ocasiones para moderar más que animar la dedicación de muchos trabajadores» (2011:131). Observamos por tanto, que Smith parece estar adelantando implícitamente las regulaciones laborales sobre número máximo de horas de trabajo asalariado.

Respecto del aumento y disminución de los beneficios empresariales, dice en un momento determinado, que éstos dependen de las mismas causas que los salarios, es decir, del estado creciente o decreciente de la riqueza de la sociedad. Y esto lo resalta al advertir que, la mutua competencia tiende a rebajar el beneficio, tanto más, cuanto los capitales de muchos comerciantes son invertidos para producir el mismo producto. A continuación señala, claramente, que el beneficio varía, no sólo de año a año sino de día a día, y casi de hora a hora, porque depende de muchas circunstancias. Sólo la evolución de la tasa de interés del mercado podría dar una idea de la evolución del beneficio. Por ello apunta que el beneficio puede tener límites:

«Nuestros comerciantes e industriales se quejan mucho de los efectos perjudiciales de los altos salarios, porque suben los precios y por ello restringen la venta de sus bienes en el país y en el exterior. Nada dicen de los efectos dañinos de los beneficios elevados. Guardan silencio sobre las consecuencias perniciosas de sus

propias ganancias. Sólo protestan ante las consecuencias de las ganancias de otros» (2011:151).

Siguiendo este sondeo de temas, también Smith irrumpe en el asunto de los precios. Y lo hace abogando por un liberalismo de los precios, ya que, según deduce, la competencia libre los regulará y los mantendrá a raya, excepto en el caso de algunos monopolios necesarios: «cuando existen corporaciones exclusivas quizás resulte conveniente regular el precio de lo que es más necesario para la vida» (2011:208). Pero es evidente que recalca las virtudes de la competencia al afirmar que por regla general, si cualquier rama de los negocios o cualquier división del trabajo es beneficiosa para la comunidad, lo será tanto más, cuanto más libre y extensa sea la competencia.

Y ya insertos en el capítulo dedicado a la acumulación del capital, o del trabajo productivo e improductivo, observamos cómo Smith asocia el trabajo productivo con el que aumenta el valor del objeto al que se incorpora, y el improductivo al que no tiene ese efecto. Tal es el caso del operario industrial productivo y de un improductivo sirviente, que siendo uno de los trabajos más respetables, no producen valor alguno que se fije o incorpore en un objeto permanente o mercancía vendible, y a cambio del cual se pueda procurar después una misma cantidad de trabajo. Tanto los trabajadores productivos, improductivos [servidores públicos, seguridad, defensa, clero, etc.] como los que no trabajan en absoluto, son todos mantenidos con el producto anual de la tierra y el trabajo del país, que puede ser muy grande pero siempre tendrá límites.

De ahí deduce que «nuestros antepasados eran ociosos porque no había el suficiente estímulo al trabajo» (2011:431); pero, con el tiempo, llega a la conclusión de que los fondos dedicados al sostenimiento del trabajo son proporcionalmente mucho mayores que los dedicados a sostener a los ociosos de hace dos o tres siglos. Y es desde este planteamiento por el que pasa a hablarnos de los perezosos y ociosos, a los que sitúa fuera del ámbito del comercio y la industria, y los asocia con la aristocracia y los grandes señores.

La ociosidad la dirige Smith a una clase social muy concreta: «la fracción de su ingreso que un hombre rico gasta anualmente es en la mayoría de los casos consumida por invitados ociosos y sirvientes, que nada dejan tras de sí en compensación por consumo» (2011:434). Pero, si esa fracción la invirtiera el rico como capital en otra clase de personas, tales como los operarios y artesanos, que incrementan el valor de los objetos, el consumo sería el mismo pero los consumidores diferentes. Por el contrario, la frugalidad, es decir, la templanza, hace crecer el capital, ya que favorece el trabajo, por lo que «si la prodigalidad de unos no fuese compensada con la frugalidad de otros, la conducta de cada pródigo, al alimentar al perezoso con el pan del trabajador, no sólo tiende a empobrecerlo a él sino también a su país» (2011:435). En definitiva para Smith «todo pródigo es un enemigo público y todo hombre frugal un benefactor público» (2011:437).

Tras este punto, Smith se adentra ahora en la relación sector privado y público, un asunto que también sigue siendo muy actual:

«Las grandes naciones nunca se empobrecen por el despilfarro y la mala gestión del sector privado, aunque a veces sí por el derroche y la mala gestión del sector público. Todo o casi todo el ingreso público en la mayoría de los países se dedica a mantener trabajadores improductivos. Así con los que componen una corte espléndida, un amplio cuerpo eclesiástico, grandes flotas y ejércitos, que nada producen en tiempos de paz, y que en tiempos de guerra nada consiguen que pueda compensar el coste de mantenerlos, ni siquiera mientras dura la guerra. Como esta gente no produce nada, vive sólo del producto del trabajo de otras personas» (2011:439).

Es decir, el derroche del Estado, que así es como lo denomina Smith, es una lacra junto a la perversa corrupción política-económica para la riqueza de las naciones. Podemos observar claramente que Smith se avanza, de manera casi revolucionaria a tiempos contemporáneos. Y esto se puede aseverar porque creo que Smith suscribiría que tal lacra no pertenece a una verdadera economía de mercado capitalista, aquella que parte de

una competencia obligatoria que debe ser libre y equitativa para que contribuya al crecimiento de la riqueza colectiva, sino a un mercantilismo pseudocapitalista de favores políticos.

Smith finaliza el capítulo atacando las guerras desde un punto de vista económico y abogando por la idea de la hospitalidad y reprobando el egoísmo:

«Cuando un hombre rico gasta su ingreso esencialmente en hospitalidad, comparte la mayor parte con sus amigos y compañeros; pero cuando lo emplea en la compra de mercancías durables, a menudo gasta todo en su propia persona, y no da nada a nadie sin recibir a cambio un equivalente. Este último tipo de gasto,..., con frecuencia caracteriza a una personalidad no sólo superficial sino también mezquina y egoísta» (2011:447).

No debemos olvidar que, para él, los capitales están destinados sólo a mantener trabajo productivo. De ahí que opine que la mayor parte del capital en toda sociedad que crece se dirige primero a la agricultura, después a la industria y por último al comercio exterior (2011:488). Un capital que puede ser invertido en cuatro formas: preparar materiales para uso y consumo de la sociedad, elaborarlos, transportarlos desde donde abundan hacia donde faltan, y por último, dividir esos productos en pequeñas porciones para que se adapten a las demandas ocasionales, tal como hacen los minoristas, el carnicero o el cervecero por ejemplo.

Después de censurar sutilmente las prácticas monopolísticas, un aspecto que ampliará más adelante, dice que las personas cuyos capitales son invertidos en cualquiera de esas cuatro maneras mencionadas, son esas personas, trabajadores productivos, y el motivo que determina que un propietario de un capital cualquiera lo invierta en la agricultura, industria o en alguna rama particular del comercio mayorista o minorista, es exclusivamente la consideración de su propio beneficio privado (2011:479). Este es uno de los fundamentos junto con el intercambio que se produce en una economía de mercado y

la propiedad privada, lo que posteriormente se denominó como “capitalismo”, término que empezó a ser utilizado a mediados del siglo XIX.

En el capítulo referido al desaliento de la agricultura en la antigua Europa tras la caída del Imperio Romano, es donde Smith narra la historia de la “anarquía feudal” desde una perspectiva económica, y donde también aborda el problema de la esclavitud, al igual que anteriormente cuando trató sobre la Paz, desde un punto de vista económico. Reconoce, de este modo, que la condición humana es dominadora, y es esa condición la que favorece que la esclavitud en Europa perdure todavía en Rusia, Polonia, Hungría, Bohemia, Moravia y otras partes de Alemania, y también que si rara vez pueden esperarse mejoras de grandes propietarios, todavía menos cuando emplean esclavos como sus trabajadores. A partir de ahí, Smith, hará un alegato económico contra la esclavitud: «creo que la experiencia de todos los tiempos y naciones, demuestra que el trabajo de los esclavos, aunque parece costar sólo su manutención, es en última instancia el más caro de todos» (2011:496), y lo justifica mediante su doctrina de propiedad privada:

«Una persona que no puede adquirir propiedad alguna no puede tener otro interés que comer el máximo posible y trabajar el mínimo. Es sólo mediante la violencia, y nunca por su propio interés, que se puede extraer de esa persona un esfuerzo superior al suficiente para comprar su propia manutención» (2011:496).

En estas palabras encontramos dos mensajes que avalan su disposición contra la esclavitud. El primero sobre la racionalidad estratégica: es mejor para el beneficio tener trabajadores libres que esclavos; y segundo, al denominar a los esclavos con la categoría de persona. Es interesante ver cómo continúa Smith con la historia de la época feudal ya que en ella encontramos referencias al interés propio como medio de abolir la lacra de la esclavitud.

Smith abunda en la historia de la época feudal y ataca incansablemente a los poderosos y grandes terratenientes improductivos: «la máxima vil de los poderosos parece haber

sido siempre: todo para nosotros, nada para los demás» (2011:525). Es así como apoya a los más desfavorecidos y a los pequeños propietarios:

«Pero un pequeño propietario, que conoce cada palmo de su reducido territorio, que lo contempla con el afecto que naturalmente inspira la propiedad, especialmente la pequeña propiedad, y que por eso disfruta no sólo al cultivarlo sino también al adornarlo, es por regla general el emprendedor más esforzado, el más inteligente y el que tiene más éxito» (2011:530).

Estos asuntos, nos abren la puerta para que nos adentremos en el libro IV dedicado a los sistemas de economía política que comienza con esta frase:

«La economía política, considerada como una rama de la ciencia del hombre de estado o legislador, se plantea dos objetivos distintos: en primer lugar, conseguir un ingreso o una subsistencia abundante para el pueblo, o más precisamente que el pueblo pueda conseguir ese ingreso o esa subsistencia por sí mismo; y en segundo lugar, proporcionar al estado o comunidad un ingreso suficiente para pagar los servicios públicos» (2011:539).

Como se puede ver, Smith está afirmando que los fines de la economía son sociales y que ésta es un medio para proporcionar bienestar y riqueza a la comunidad y no sólo a unos pocos privilegiados. Para demostrar esto, Smith desarrollará los sistemas comerciales o mercantiles y el sistema agrícola para incidir en que la riqueza no consiste en dinero ni en oro ni en plata, sino en lo que el dinero puede comprar, y sólo vale por lo que puede comprar, y en el gran valor de los intercambios, sobre todo cuando emanan de la justicia y la equidad.

Después de incidir de nuevo en las relaciones entre una verdadera economía libre y los monopolios, parece ahora Smith adelantar la idea de la “mano invisible” sin llegar a mencionarla:

«Cada individuo está siempre esforzándose para encontrar la inversión más beneficiosa para cualquier capital que tenga. Es evidente que lo mueve su propio beneficio y no el de la sociedad. Sin embargo, la persecución de su propio interés lo conduce natural o mejor dicho necesariamente a preferir la inversión que resulta más beneficiosa para la sociedad» (2011:552).

Por fin, al estudiar la actividad comercial interior y exterior, menciona por primera y única vez la “mano invisible” en este libro:

«... y al orientar esa actividad de manera de producir un valor máximo él busca sólo su propio beneficio, pero en este caso como en otros una mano invisible lo conduce a promover un objetivo que no entraba en sus propósitos. El que sea así no es necesariamente malo para la sociedad. Al perseguir su propio interés frecuentemente fomentará el de la sociedad mucho más eficazmente que si de hecho intentase fomentarlo» (2011:554).

Continúa Smith con objeciones a los subsidios a la exportación, pero con el apoyo a los subsidios en ciertos casos:

«Si una industria en concreto fuese realmente necesaria para la defensa de la sociedad, entonces puede que no sea siempre prudente que el abastecimiento de sus productos dependa de nuestros vecinos; y si una industria de esa clase no puede mantenerse localmente por sus propios medios, puede que sea razonable el cobrar impuestos a las demás actividades para sostenerla» (2011:571).

En la actualidad, podría aplicarse esta idea para contrarrestar la dependencia energética de otros países, considerando la energía como algo vital y necesario para un país. Por ejemplo, el Estado podría primar la inversión en tecnologías limpias y renovables, con el fin de no depender de la importación de crudo, ya que a menudo, los países productores abusan de su poder al organizarse en cárteles oligopólicos destruyendo la concepción de libre mercado. En todo caso, Smith aboga por el sistema liberal de la exportación e importación sin trabas con la idea de que evitaría el hambre en muchos países (2011:572). De este modo, Smith parece estar convencido de que muy pocos países han

adoptado plenamente ese sistema liberal que evitaría la escasez y la catástrofe del hambre. Pudiera ser, desde mi perspectiva, que Smith estuviera avanzando el mercado global.

Y visto en su época, parece interesante percatarse del modo en que se introduce de lleno en el sistema de las compañías exclusivas o monopolios [«miserable espíritu del monopolio» (2011:557).] y en las relaciones económicas con las colonias, afirmando que ambos producen estancamiento del progreso. Asistimos, pues, a un nuevo ataque a los fines de la colonización cuando es injusta y sobre todo cuando se produce desde los países con gobiernos absolutos como España, Portugal y Francia. La política europea, en fin, tiene poco que vanagloriarse en palabras de Smith, de la fundación y administración de las colonias americanas.

Smith dibuja, además, las líneas maestras de la futura Commonwealth al proponer «un tratado comercial que le asegure eficazmente [Reino Unido] un comercio libre, más ventajoso para la mayoría del pueblo, aunque menos para los comerciantes, que el monopolio de que disfruta en la actualidad, porque al separarse así como buenos amigos, el afecto natural de las colonias hacia la madre patria, que acaso se haya extinguido por nuestras recientes disensiones, podría revivir rápidamente» (2011:610).

La cuestión es que, para Smith, la libertad, la equidad, la justicia, la competencia libre y la eliminación de los privilegios y del mercantilismo, además de perseguir el propio interés, son unas máximas que refrenda a través de todo el libro.

Para Smith, el soberano tiene tres deberes fundamentales: proteger a la sociedad de la violencia e invasión de otros; proteger, en cuanto sea posible, a cada miembro de la sociedad frente a la injusticia y opresión de cualquier otro miembro, o el deber de establecer una exacta administración de la justicia; y por último, el deber de edificar y

mantener ciertas obras públicas y ciertas instituciones públicas que jamás serán del interés de ningún individuo, puesto que el beneficio nunca podría reponer el coste, aunque frecuentemente lo reponen con creces para una sociedad.

Respecto del segundo deber fundamental de Estado, Smith se introduce en la condición humana, y dice que las únicas pasiones que pueden impulsar a un hombre a dañar a otro en su persona o su reputación son: la envidia, la malicia y el resentimiento; pero la mayor parte de las personas no son así, sólo las peores personas lo están ocasionalmente, apostilla. Se desliga, de esta manera, de Hobbes, cuando afirma que los seres humanos pueden vivir en sociedad con un grado aceptable de seguridad aunque no haya un magistrado civil que los proteja de la injusticia derivada de esas pasiones. Se refiere Smith, a sociedades donde no hay propiedad o al menos ninguna cuyo valor supere el de dos o tres días de trabajo. Sin embargo también dice que «cuando hay grandes propiedades hay grandes desigualdades que avivan a los pobres a atropellar las propiedades de los ricos y en la que tal injusticia, sólo puede ser protegida por el brazo poderoso del magistrado civil» (2011:675). Siguiendo este razonamiento, Smith afirma que originalmente, desde el tiempo de los pastores, «el gobierno civil, en la medida en que es instituido en aras de la seguridad de la propiedad, es en realidad instituido para defender a los ricos contra los pobres, o a aquellos que tienen alguna propiedad contra los que no tienen ninguna» (2011:681).

Un aspecto fundamental es cuando Smith se centra en el estudio de la filosofía moral. Y lo primero que hace es declarar el problema de la filosofía en el sentido de que la filosofía moral antigua se ocupaba de la felicidad y la perfección del hombre, al considerarlo no sólo como individuo sino como miembro de una familia, de un Estado, y de la gran sociedad que es la humanidad (2011:710). Pero cuando la filosofía moral pasó a ser enseñada sólo como servidora de la teología, los deberes de la vida humana pasaron a ser pensados esencialmente como subordinados al más allá, a una felicidad en la vida futura después de la muerte y que se podía alcanzar sólo mediante la penitencia y la mortificación. Esto es, por la austeridad y la humildad del monje, y no por la conducta liberal

entusiasta y generosa del hombre. Y así la más importante de todas las ramas de la filosofía se transformó en corrupta (2011:710).

Después de señalado esto, Smith relaciona el trabajo con la formación porque la división del trabajo acarrea también problemas:

«Un hombre dedica toda su vida a ejecutar unas pocas operaciones sencillas, cuyos efectos son quizás siempre o casi siempre los mismos, no tiene ocasión de ejercitar su inteligencia o movilizar su inventiva para descubrir formas de eludir dificultades que nunca enfrenta. Por ello pierde naturalmente el hábito de ejercitarlas y en general se vuelve tan estúpido e ignorante como pueda volverse una criatura humana» (2011:717).

De esta forma, parece que su destreza en su propio oficio es adquirida a expensas de sus virtudes intelectuales, sociales y marciales. De ahí que abogue por una atención del Estado cuando dice que la educación del pueblo llano requiere quizás más la atención del Estado en una sociedad civilizada y comercial que la de las personas de rango y fortuna. Sobre las partes más fundamentales de la educación señala lo siguiente:

«Pero aunque el pueblo llano en una sociedad civilizada no pueda tener tanta educación como la gente de rango y fortuna, las partes más fundamentales de la educación –leer, escribir y contar– pueden ser adquiridas en una etapa tan temprana de la vida que la mayoría de quienes se dedican a las ocupaciones más modestas tienen tiempo de aprenderlas antes de poder ser empleadas en esas ocupaciones» (2011:719).

Y además que «con un gasto muy pequeño, el estado puede facilitar, estimular e incluso imponer sobre la gran masa del pueblo la necesidad de adquirir esos elementos esenciales de la educación» (2011:720). Incluso, osa decir en aquel contexto, que habría que

obligar a casi todo el pueblo a conocer esa educación estableciendo un examen obligatorio para poder ingresar en una corporación o ejercer un oficio.

No puede ser más revolucionario en este sentido, considerando que nos encontramos ocho años antes de que Kant publicara su ensayo sobre *¿Qué es la Ilustración?*, cuando afirma que:

«Cuando más instruida está la gente menos es engañada por los espejismos del fanatismo y la superstición, que con frecuencia dan lugar a terribles perturbaciones entre las naciones ignorantes. Un pueblo educado e inteligente, además, siempre es más decente y ordenado que uno ignorante y estúpido» (2011:721).

Principios que son muy improbables que nadie antes de Smith los hubiese proclamado tan abiertamente, aunque no tengo datos fehacientes para confirmarlo. Lo importante es que aboga por el estudio de la filosofía y de las ciencias, como gran antídoto contra el “veneno” del fanatismo y la superstición, ya que éstos eran un tema candente y muy asumido en general tanto por doctos y cultos como por ignorantes en el siglo XVIII, sobre todo en la primera mitad. La excepción eran los libres pensadores como Smith y Hume.

En este contexto, cobra resonancia que Smith nos reitera su doctrina liberal contra los privilegios en todos los ámbitos del Estado. Para ello aboga por la libertad de credo sin ningún privilegio para promover la competencia incluso entre las religiones. Y también respalda el estudio de la filosofía y de la ciencia como gran antídoto contra las creencias dogmáticas.

## 5. “El problema de Adam Smith”

Después de haber analizado las dos obras de Adam Smith, he investigado sobre diferentes opiniones al respecto, y a efectos de este estudio que estoy llevando a cabo, considero relevante reseñar lo que se ha denominado como “El problema de Adam Smith”, que consiste en una mirada tradicional en la que subraya una contradicción entre sus dos obras principales, *La teoría de los sentimientos morales* (TSM), y *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (RN). Pero, según mi opinión, dicha contradicción es falaz.

Tal y como exponen los profesores Pena López y Sánchez Santos (2007), esta supuesta contradicción estaría originada en la creencia de que la RN ofrece una visión incompleta en la que el ser humano parece guiarse exclusivamente por el interés propio, mientras que en la TSM proporciona una visión más compleja de las motivaciones del comportamiento humano, en la que valores como la justicia, la generosidad o el espíritu cívico desempeñan un papel esencial. La primera alusión histórica al “problema” surge a finales del siglo XIX entre pensadores alemanes de orientación socialista fuertemente críticos con el librecambismo. Estos autores, especialmente Skarzynski, afirman que en la obra de Smith existe una doble interpretación de la naturaleza humana que resulta contradictoria.

Trataré de rebatir el origen de esta interpretación, que no comparto, basándome en la postura que propone Amartya Sen, así como el papel que como marco orientador puede jugar la Ética económica y empresarial en este proceso.

Pero antes de entrar en las especulaciones de este autor, debemos percatarnos de que la separación radical entre ética y economía característica de la modernidad, se ha venido fraguando desde que Smith publicase el segundo libro estudiado, el de *La riqueza*

*de las naciones*, ejerciendo su influencia sobre, al menos tres importantes cambios: axiológico, epistemológico e institucional, cuya convergencia ha producido un mismo efecto, la desvinculación de la economía respecto a la ética (Conill 2004: 214).

1) *Axiológico*. Este primer cambio se produce a partir de la liberación de la economía respecto a la tutela moral y religiosa en el contexto de las sociedades tradicionales. La modernización produce un cambio por el que se percibe como “natural” y moralmente justificado el afán de lucro.

2) *Epistemológico*. A partir de ese momento predomina el modelo de la economía mecanicista con pretensiones científicas. Por ello se afirma que los sujetos económicos que persiguen su propio interés forman parte de una serie de leyes, como la de la oferta y la demanda.

3) *Nueva institucionalización*. La modernidad conlleva la creación de instituciones cada vez más complejas y extensivas. Y esto se produce a raíz de un modelo tecnológico y burocrático de la racionalización. La eficacia será el objetivo principal, y para su logro es conveniente prescindir de la dimensión moral.

Como podemos observar, a partir de estas tres líneas, se ha obrado la radical separación entre lo económico y lo ético. Porque, según Conill, «la institucionalización moderna ha favorecido un proceso de *desresponsabilización* moral de los agentes individuales, a favor de los mecanismos institucionales”» (2004:119). Y no sólo se ha hecho hegemónico un concepto de economía, sino que también se ha producido la *economización* de la vida social con el predominio de la figura del *homo oeconomicus*.

Desde este descubrimiento, ya podemos señalar que Sen, desde una renovada manera de percibir a Smith, ofrece los fundamentos para el diseño de una nueva racionalidad económica no reducible únicamente a las preferencias egoístas del agente económico,

sino articulada alrededor de un ser que se mueve tanto influido por “sentimientos” y “compromisos” como por la búsqueda de un interés particular.

De ahí la importancia de advertir la revisión que hace Sen de Adam Smith. Porque, según Sen, a Smith se le ha solido interpretar con gran simpleza, centrándose la mirada en la célebre frase de “el cervecero, el panadero, el carnicero...” y en la no menos célebre “mano invisible”.

En realidad, Sen percibe en Smith una apuesta por el bien común que, efectivamente, va más allá de las posibles consecuencias intencionadas de la búsqueda del interés personal (Conill 2004, 106-107).

Desde otro punto de vista, Rodríguez Braun (2013), nos viene a decir, que en Adam Smith se intenta dar una respuesta sistemática a dos grandes problemas intelectuales de la Ilustración Inglesa. Por un lado, el debate altruismo-egoísmo existente entre los filósofos y teólogos del momento y, por otro, la preocupación de empresarios y administradores públicos por el incipiente crecimiento económico.

Ambas obras estarían escritas desde dos puntos de vista: la TSM se centra en los aspectos psicológicos de la vida social y, por tanto, en sentimientos, pensamientos y tendencias naturales de sociabilidad; mientras que la RN aborda los aspectos económicos de la vida social, donde las dimensiones psicológica o moral están aparentemente ausentes.

Debemos recordar que, en su época, estaban por un lado los fisiócratas, que hablaban de la tierra, y que según ellos era lo que creaba la riqueza; por otro, los mercantilistas, que consideraban que la riqueza de una nación se medía con el oro y metales preciosos.

Según la teoría de Rodríguez Braun, si atendemos a la famosa metáfora de la “mano invisible”, parece que venga a reforzar esta idea. Porque da la sensación de que el término está sugiriendo que hay una “mano” que maneja el mercado, pero éste no es el planteamiento de Smith. En su conferencia, Rodríguez Braun comenta que otros autores posteriores a Smith trataron sobre este tema, por ejemplo Bastiat (1801-1850), que en el siglo XIX captó esa misma idea, pero quitó lo de la “mano invisible”. Bastiat escribió un libro que se denomina “*Lo que se ve y lo que no se ve*” que ilustra este concepto a través de un sencillo ejemplo: ante la pregunta de ¿cómo se explica que en París, todos los habitantes puedan comer todos días?, en realidad no hay ninguna “mano” que organice que un millón de personas puedan comer, sin cultivar ellos mismos sus alimentos. Lo que hay es un “proceso de mercado” (que es el mismo al que alude Smith en su momento) mediante el cual si cada uno sigue su propio interés, dividimos el trabajo y comerciamos, se consigue que los parisinos puedan comer cada día, sin cultivar ellos mismos sus alimentos. Lo que viene a decir Bastiat es que la sociedad es complicada y las cosas que pasan, los procesos, no son tan evidentes, no los vemos. Esta tesis parece asimilable a mi proposición epifenoménica de la “mano Invisible” comentada anteriormente en el capítulo dedicado a la TSM.

Adam Smith, en fin, no está premiando el egoísmo, lo que dice es que hay que partir de la conducta de las personas. Si miramos a la gente, observamos que todo el mundo quiere mejorar, esta es una idea que se repite, mejorar nuestra propia condición. Lo que viene a decir es que ahí está la fuente del crecimiento económico. Una fuente que no está en el egoísmo. Está en que queremos mejorar y, en base a esto, vamos a servir a los demás en un juego institucional que se llama el mercado, un juego que tiene que ver con actitudes reales y normales de las personas.

Para finalizar este capítulo, es necesario resaltar, que durante todo el desarrollo de *La teoría de los sentimientos morales*, aparece la figura del «espectador imparcial». Una figura que, como señala Rodríguez Braun en el estudio preliminar de la RN (2011:18), es

un desdoblamiento de la personalidad. Siguiendo con esta interpretación, podemos observar que, desde el principio nos dice Smith que es inevitable, porque no podemos *ser* las otras personas, y, por lo tanto, debemos imaginar cómo se sienten. De ahí se pasa al espectador de uno mismo. No se trata de espectadores reales sino de un acto de la imaginación.

## 6. Responsabilidad Social Empresarial

### 6.1 Introducción

La Responsabilidad Social Empresarial (RSE), denominada también Corporativa (RSC), es un constructo social basado en la práctica empírica que se va conjugando simultáneamente con el desarrollo teórico de la misma. El concepto de RSE ha variado mucho a lo largo de los tiempos contemporáneos, y sigue evolucionando hoy en día, a pasar desde concepciones caritativas en el siglo XIX a concepciones de eficiencia e interés empresarial en el siglo XXI.

Antonio Argandoña, señala que la teoría de la responsabilidad de la empresa oscila entre dos extremos: uno, que reduce dicha responsabilidad a la consecución de beneficios (máximos) para sus accionistas, y otro, que amplía esa responsabilidad a una amplia gama de agentes con los que se relaciona la empresa (1998:1).

Sobre el primer extremo, Milton Friedman, se refirió a la responsabilidad social en un artículo publicado en el New York Times (1970), diciendo que la “única” responsabilidad social de los gerentes es aumentar al máximo las utilidades obtenidas por la empresa para sus accionistas. El segundo, está basado en la teoría de los stakeholders, y es el sostenido por la Unión Europea.

Desde el segundo supuesto anterior, mostraré la aportación al concepto de RSE formulada en primer lugar por el Libro Verde de las Comunidades Europeas (COM2001), para después analizar algunas aportaciones de diferentes autores que han tratado el tema.

## 6.2 Estrategia de la Unión Europea.

Según el señalado Libro Verde, la mayoría de las definiciones de la responsabilidad social de las empresas entienden este concepto como la integración voluntaria, por parte de las empresas, de las preocupaciones sociales y medioambientales en sus operaciones comerciales y en sus relaciones con sus interlocutores. Ser socialmente responsable no significa solamente cumplir plenamente las obligaciones jurídicas, sino también ir más allá de su cumplimiento invirtiendo “más” en el capital humano, el entorno y las relaciones con los interlocutores.

El Libro Verde vincula la RSE a la Declaración Universal de los Derechos Humanos cuando afirma (COM2001:14) que una de las dimensiones de la responsabilidad social de las empresas está estrechamente vinculada a los derechos humanos, sobre todo por lo que respecta a las actividades internacionales y las cadenas de suministro mundiales.

La Comisión presenta una nueva definición de la RSE en la Estrategia renovada de la UE para 2011-2014 (COM2011), cuando subraya que la RSE abarca, como mínimo, los derechos humanos, las prácticas de trabajo y de empleo (como la formación, la diversidad, la igualdad de género, la salud y el bienestar de los trabajadores), las cuestiones medioambientales (como la biodiversidad, el cambio climático, el uso eficiente de los recursos, la evaluación del ciclo de vida y la prevención de la contaminación), y la lucha contra el fraude y la corrupción.

Con el fin de maximizar la creación de valor compartido, se anima a las empresas a adoptar un planteamiento estratégico a largo plazo sobre la RSE, y también a estudiar las oportunidades de desarrollar productos, servicios y modelos empresariales innovadores, que contribuyan al bienestar social y la creación de empleos de mayor calidad y más productivos. Para identificar, prevenir y atenuar sus posibles efectos adversos, se alienta a las grandes empresas y a aquellas que presenten un riesgo particular de producir tales

efectos, a llevar a cabo medidas de diligencia debida basadas en el riesgo, también en sus cadenas de suministro. Algunos tipos de empresas, como las cooperativas, las mutuas y las empresas familiares, tienen estructuras de propiedad y de gobernanza que pueden ser especialmente propicias para una gestión empresarial responsable.

A esta definición podríamos añadir la percepción de José Ángel Moreno, quien subraya que la consideración en el gobierno y en la gestión de la empresa de todos los impactos que genera (económicos, sociales y ambientales) y de los intereses de todos sus grupos de interés, la RSE procura generar el máximo valor para todos ellos, resulta no sólo claramente positivo para la sociedad y para los grupos de interés, sino también para la empresa (2012:81).

### 6.3 La apuesta por un nuevo modelo de empresa

Elsa González Esteban y Domingo García Marzá hacen también importantes aportaciones al desarrollo del discurso europeo, especialmente en lo referente a la necesidad de asunción de valores y principios sociales, medioambientales, y en la gestión y dirección de las empresas, y, además ofrecen también un modelo de RSE fundamentado en la teoría ético-discursiva que permite delimitar la definición y el alcance de la responsabilidad de las mismas.

Apuntan los autores que, desde el lanzamiento del Libro Verde (COM2001), éste ha estado abierto a revisión, críticas y sugerencias que va dando distintos documentos a través de los años, en los que se muestra la decisión europea de apostar por principios, valores y estrategias para la dirección y gestión de las empresas que tuvieran como finalidad la reducción de los males (pobreza, abuso de los derechos humanos y degradación del medio ambiente, entre otros). En el Libro Verde se formuló el objetivo de que la Unión Europea quería para el año 2010 convertirse en la economía más competitiva y dinámica del mundo, capaz de crecer económicamente de manera sostenible con más y mejores empleos, y con mayor cohesión social. El discurso actual de la RSE, en el contexto europeo, tiene al menos cuatro objetivos:

- i. Fomentar un desarrollo económico sostenible, de largo plazo y donde no se produzca la exclusión social.
- ii. Dibujar las líneas maestras que permitan crear una visión bien definida de los valores europeos en su dimensión económica-empresarial.
- iii. Generar un intercambio de ideas acerca de qué procedimientos, modelos y experiencias pueden ser los mejores para la asunción de tal responsabilidad.
- iv. Definir la actividad empresarial como una actividad que no funciona en el “vacío social” sino que tiene repercusiones en la sociedad.

Por otra parte, apuntan los autores, que la apuesta decidida de la Unión Europea por la asunción de la empresa de su responsabilidad social, viene acompañada por el principio de que las empresas incorporen voluntariamente la RSE, es decir, integren las preocupaciones sociales, medioambientales y sus interacciones con sus interlocutores o grupos de interés (stakeholders) de manera voluntaria. Esta voluntariedad no implica que deba ser entendida en términos filantrópicos, sino que, más bien, debiera entenderse que existe una conciencia de integrar la RSE en el ADN o corazón de la empresa.

Elsa González y Domingo García Marzá proponen un modelo teórico-práctico de RSE que pretende orientar a las organizaciones acerca tanto del significado de la responsabilidad empresarial como de su aplicación y operatividad. El modelo se fundamenta en la teoría ética discursiva de Habermas y en la teoría de los stakeholders. La idea clave del proceso dialógico reside en considerar que una empresa conseguirá la legitimidad y credibilidad de sus stakeholders siempre y cuando sea capaz de dar respuesta a las expectativas legítimas (universalizables) que poseen los distintos stakeholders. Los diálogos deben atender a los cuatro principios de Habermas de sinceridad, representación de todos los afectados, reciprocidad y simetría entre todos los intereses planteados. Este enfoque ético se propone los siguientes instrumentos:

- i. Definición e implantación de un código ético.
- ii. Establecimiento de un comité de ética corporativo.
- iii. Desarrollo de planes de comunicación interna del código ético y del funcionamiento del comité de ética.
- iv. Elaboración de informes de RSC.
- v. Desarrollo de planes de comunicación externa del código ético y del informe anual de RSC.
- vi. Establecimiento de una auditoría ética.

García Marzá (2015) amplió los anteriores instrumentos del modelo teórico-práctico de RSE, definiéndolos como infraestructura ética dentro de la institución de la empresa (código ético y de conducta, comité, líneas éticas de participación...). Una infraestructura ética para mostrar que la RSC es la respuesta de la empresa a sus impactos en la sociedad. Responsabilidad viene de responder, de cómo la empresa responde de lo que hace o deja de hacer.

Puede parecer que haya cierta confusión entre ética y RSE, pero García Marzá lo define con claridad meridiana en su *Ética empresarial, del diálogo a la confianza*:

«La ética empresarial se ocupa de establecer las condiciones procedimentales desde las que es posible definir y delimitar la legitimidad empresarial. A partir de estas condiciones la ética es la encargada de presentar los criterios de validez moral, esto es, los criterios de lo que es correcto, justo o moral en el ámbito de la empresa... Por su parte, la responsabilidad social corporativa define el conjunto de acciones, decisiones y políticas que conforman la respuesta que ofrece la empresa ante las demandas y exigencias de sus correspondientes grupos de interés. Esto es, concreta el grado de aproximación y compromiso con el horizonte ético del diálogo y el acuerdo posible, aspectos que constituyen las bases éticas de la confianza. No debemos confundir los criterios de actuación con las conductas a las que estos pueden dar lugar» (2011:187).

Refiriéndose a los párrafos anteriores, García Marzá, subraya que el asunto ético de la RSE para una empresa, no es el de ganar o no ganar dinero, sino lo fundamental es “cómo” se gana ese dinero, y que no todo vale para ganarlo, refiriéndose a la corrección en la actuación de la empresa sobre sus stakeholders. Añade, que hay que entrar en la RSC para evitar que nos confundan y que vean en nosotros solamente un uso meramente instrumental de la misma, por lo que hay que mostrarlo y demostrarlo. La visibilidad es la parte más importante de la ética empresarial, ya que debe mostrar que la RSC está en el corazón de la empresa, que es infraestructura ética.

Según García Marzá, sólo se consigue que la ética sea eficazmente rentable si actuamos fundamentalmente por convicción y no por conveniencia ni por coacción (derecho, presión de los consumidores, clientes etc.). Y la ejemplaridad para los demás y la visibilidad, el hacer público lo que hacemos, es el mejor camino para generar confianza en los stakeholders.

En mi opinión, una clasificación intuitiva de los stakeholders, es aquella que diferencia entre stakeholders internos y externos. Los primeros son los propietarios y los empleados, mientras que los externos pueden ser los clientes, consumidores, proveedores, entidades financieras, estado, sociedad y medioambiente, entre otros.

## 7. Conclusiones

Después de todo lo visto, puedo ya afirmar que, en *La teoría de los sentimientos morales*, la simpatía y el amor propio (*self-love*) son disposiciones estructurales o innatas del ser humano. Smith, asocia el amor propio con la supervivencia individual, y la simpatía, palabra de origen griego que significa «comunidad de sentimientos» que hoy interpretamos como empatía, la asocia con una facultad que permite formar alguna concepción de lo que son las sensaciones de los otros. Ocurre que, al conjugarse el amor propio con la simpatía, se hace compatible ese amor propio con la preocupación por los demás.

Por lo tanto, el amor propio nada tiene que ver con el egoísmo, porque el egoísmo no es una disposición estructural, sino una pasión sobrevenida que emana de la imaginación. Una pasión que debe ser regulada por la razón, que es la facultad, para Smith, de donde emanan las pasiones sociales y las virtudes morales. Pudiera ser que el término “pasiones sociales” pueda producir cierta confusión a la hora de comprender lo que Smith está transmitiendo, por lo que, quizás, dé la sensación de estar refiriéndose a disposiciones de la facultad imaginativa, cuando en realidad, está aludiendo a facultades de la razón.

Encuentro, pues, en Smith, tres categorías que denominaré como *categorías smithianas*, las cuales caracterizan al ser humano social:

- 1) El amor propio y la simpatía son considerados como disposiciones estructurales y deterministas del ser humano.
- 2) Las pasiones individuales que se originan desde la facultad imaginativa son, entre otras: egoísmo, amor, enojo, ambición, avaricia, odio, ira y animadversión. Es decir, este tipo de pasiones no nacen de la razón, sino que son un constructo de la imaginación.

- 3) Las pasiones sociales y las virtudes morales que emanan de la razón son las siguientes: las primeras, liberalidad, humanitarismo, amabilidad, compasión, estima recíproca, amistad, y admiración a los ricos, poderosos y personas pre-eminentes, entre otras. Y las segundas, tales como la frugalidad (templanza), prudencia, justicia, benevolencia, beneficencia y sentido del deber.

Estas pasiones sociales, junto a las virtudes morales, son las condiciones de posibilidad que pueden regular, mediante la libertad (libre albedrío), las acciones derivadas de las disposiciones estructurales y de la facultad de la imaginación.

Por otro lado, los hábitos son las actitudes que se siguen de las pasiones sociales y de las virtudes: laboriosidad, discreción, atención y aplicación intelectual. Si los hábitos adquiridos son compatibles con las virtudes, Smith los denomina buenos hábitos.

En definitiva, el amor propio y la simpatía son resortes estructurales y por lo tanto necesarios (deterministas). Las pasiones particulares al surgir de la imaginación, son subjetivas y personales. Las pasiones sociales y las virtudes morales al emanar de la racionalidad, son susceptibles de ser regulados mediante normas morales.

Tal y como argumenta Gilbert Ryle, conjugar o hacer disyunciones entre las categorías podría provocar una falacia lógica o error-categorial, es decir, una combinación de términos lingüísticos con tipos lógicos incoherentes de distinto significado que podría anular cualquier presupuesto teórico posterior (2002:11-24).

Por ejemplo, al conjugar mente y alma, según Ryle, se produce un error-categorial, porque, entre otras propiedades, la mente tiene un sustrato material y el alma no; por lo

que al conjugar amor propio y egoísmo, que pertenecen a categorías distintas, una con propiedades estructurales y la otra no, también podría producir un error-categorial.

Y la “mano invisible”, a mi entender, bien pudiera ser un epifenómeno que emerge de la propia complejidad de las relaciones económicas entre los seres humanos, al igual que la inteligencia puede emerger de las complejas relaciones neuronales. En efecto, este epifenómeno es, para Smith, un hecho que, inintencionadamente, pero de forma previsible, crea un gran progreso económico y social en el que nuestro filósofo cree profundamente.

Sobre la responsabilidad del empresario con la sociedad, Smith revela que no todo vale para ganar dinero, porque advierte implícitamente que el “cómo” se gana el dinero es importante, ya que el empresario debe ser honesto y tener en cuenta las opiniones de sus conciudadanos (vecinos) en sus acciones y en el estilo de su comportamiento. Esto se puede explicar al recordar su ejemplo en el que señala que anhelar o urdir tramas para conseguir un solo chelín, degradaría al empresario más vulgar a los ojos de sus vecinos. Lo que está haciendo notar es cierto interés de la sociedad en la responsabilidad del empresario, y, por ende, de las empresas.

Adentrándonos ahora en el libro *La riqueza de las naciones*, Smith, en mi opinión, va más allá al partir de la observación y análisis de la realidad que le rodea para extraer de ella una teoría política-económica que pueda ser llevada a la práctica con el propósito de hacer crecer la riqueza de una nación y la prosperidad de todos sus habitantes, pero también de todas las naciones. Habrá que recordar que, para él, la verdadera riqueza es aquella de la que se benefician todos los hombres, no sólo unos pocos, y para ello es necesario que todas las acciones de los agentes económicos se enmarquen dentro de

unos valores morales, tales como la frugalidad, la libertad, la igualdad y la justicia, entre otros.

A mi juicio, Smith rige *La Riqueza de las naciones* por cinco principios fundamentales, y que denominaré como *principios smithianos*:

- i. La libre iniciativa individual basada en el interés propio y regulado por una auténtica libre competencia en un marco de una sociedad justa.
- ii. La “mano invisible”, como epifenómeno que procura riqueza colectiva.
- iii. La división del trabajo y el uso de la tecnología.
- iv. La educación básica obligatoria.
- v. Los valores morales de frugalidad, libertad, igualdad y justicia.

Otro punto fundamental se encuentra cuando Smith dibuja una sociedad de libre competencia, donde incluso las diferentes doctrinas religiosas compitan por sus feligreses sin ningún tipo de privilegios para ninguna de ellas. A ello se añade que, en el ámbito económico, Smith traza las líneas maestras de un amplio mercado libre de innumerables empresas pequeñas y medianas, que emergerían de las iniciativas individuales motivadas por el propio interés de cada ciudadano. Un ciudadano que, conducido por una “mano invisible”, daría lugar a un progreso económico y social. Tal mercado debería eliminar las regulaciones jurídicas que benefician a las élites privilegiadas sobre el resto de conciudadanos y facilitar una verdadera y genuina competencia.

Un mercado, en fin, que debería ayudar a minimizar los efectos de hambruna que se producen por malas cosechas en una nación y en un episodio histórico determinado. Ya observamos que lo que estaba proponiendo Smith era un tratado comercial que asegurara eficazmente [Reino Unido] un comercio libre al separarse las colonias como buenos amigos. Smith es, a mi entender, un precursor de lo que sería algunos años después la Commonwealth, que actualmente está formada por 53 países independientes que agrupa a unos 2.200 millones de personas.

Parece obvio, por todo lo anterior, que Smith se adelanta a su época. Además, está propugnando y promoviendo la tecnología, un pilar esencial para procurar más riqueza para el conjunto de la sociedad con menos esfuerzo físico humano, porque el hombre es capaz de producir más bienes en menos tiempo y más asequibles, así como de transportarlos en mucho menos tiempo allá donde se necesiten. Hay que tener en cuenta que su época es la de la revolución industrial británica del siglo XVIII donde se utilizaban los transportes de vapor, la dinamita y las máquinas de coser, pero donde el analfabetismo era generalizado entre las clases menos privilegiadas.

Smith aboga por una educación básica obligatoria que permita a todos obtener las competencias de leer, escribir y contar (2011:719), siendo, según mi opinión, un precursor de "Educación para todos" propugnada por la UNESCO en la Conferencia de Jomtien (Tailandia) de 1990. Un informe preparado por la Comisión Internacional sobre la Educación para el siglo XXI dice así:

«Requisito válido para todos los países pero según modalidades y con contenidos diferentes: el fortalecimiento de la educación básica; de ahí que se ponga el acento en la enseñanza primaria y en sus clásicos aprendizajes de base, es decir, leer, escribir y calcular, pero también en saber expresarse en un lenguaje propio para el diálogo y la comprensión» (Delors 1996:159).

Smith, en fin, ya estaba haciendo un alegato desde la perspectiva económica en favor de la Paz, y otro de la abolición de la esclavitud. Alegatos que unidos a los valores morales que propugna y, considerando el contexto histórico del siglo XVIII en el que cuestionar explícitamente la esclavitud y la cultura de guerra, era realmente de una creatividad deslumbradora y de una audacia revolucionaria.

Igualmente es subrayable que Smith previera las ventajas de las empresas en las que el dueño es al mismo tiempo un trabajador de la misma, porque, según decía, un pequeño propietario que conoce cada palmo de su reducido territorio, es por regla general el emprendedor más esforzado, el más inteligente y el que tiene más éxito. También que abogara por un trabajo moderado del asalariado, probablemente al tratar de regular la jornada máxima, así como por unos beneficios empresariales igualmente moderados que eviten las excesivas desigualdades en la sociedad.

Smith suscribe la necesidad de tener en consideración a los trabajadores, es decir, un no todo vale para que una empresa gane dinero, y está advirtiendo también que la sociedad tiene en cuenta las acciones del empresariado, es decir, está nombrando y propugnando las bases de la actual Responsabilidad Social Empresarial, ya que evoca, de alguna manera, a los stakeholders internos y externos a los que me he referido anteriormente, enmarcándolos dentro de los valores éticos de los cinco *principios smithianos*. Sólo quedaría “olvidado” el medio ambiente, pero, evidentemente, no procede en el contexto histórico del siglo XVIII.

Al abogar implícitamente por la dignidad humana, y explícitamente por la equidad, libertad, solidaridad, justicia y Paz desde una idea universalista, es razonable inferir que Smith está considerando la existencia de unos derechos universales, es decir, pudiera estar marcando las líneas maestras de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Acaso faltaría nombrar explícitamente el término dignidad humana en su concepción universalista, aunque implícitamente está subsumido en toda su obra. Sería nueve años después de la publicación de Smith de *La riqueza de las naciones* (1785),

cuando el término dignidad humana quedaría afirmado por Kant en su *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* al decir que los seres racionales son fines en sí mismos, tienen un valor absoluto y no pueden ser tratados como simples medios.

Por último, respecto de la RSE, según mi opinión, hay seis atributos esenciales que la caracterizan actualmente y que indefectiblemente la demarcan de otras concepciones históricas en desuso:

- 1) La RSE consiste en la asunción voluntaria de responsabilidades derivadas de los efectos de la actividad empresarial sobre sus grupos de interés también denominados stakeholders.
- 2) La RSE supone la obligación de obtener beneficios en el marco de respeto y cumplimiento estricto de las normas jurídicas (legislación laboral, impuestos, medio ambiente...).
- 3) La RSE no significa sólo cumplir plenamente las obligaciones jurídicas, sino también ir más allá invirtiendo “más” en los empleados, el entorno y las relaciones con los stakeholders, sin llegar a ser filantropía empresarial.
- 4) La RSE se integra en la empresa como modelo de gestión que impulsa su sostenibilidad con el triple objetivo de ser económicamente viable, socialmente beneficiosa y ambientalmente responsable. Actualmente la RSE es un factor de competitividad e innovación que incrementa la satisfacción y reconocimiento de la sociedad.
- 5) La RSE exige una infraestructura ética: código ético y de conducta, comité ético, líneas éticas de participación, etc.
- 6) La RSE se inspira en la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Puntos que nos acercan a las dos obras estudiadas, ya que vistas sólo de una manera unitaria cumplen con los puntos primero, segundo, tercero y sexto expuestos. Sobre el cuarto y quinto, parece impensable que en el siglo XVIII fueran ni siquiera imaginables, aunque con la osadía intelectual de Smith todo era posible.

Es por esto último, y por todo lo expuesto a lo largo de este trabajo, y especialmente por las tres *categorías smithianas*, y por su doctrina político-económica que se rige por los cinco *principios smithianos*, por lo que puedo razonablemente inferir que Adam Smith es un precursor de la actual concepción de la Responsabilidad Social Empresarial.

Y, para finalizar este trabajo, enumero las cuatro conclusiones fundamentales que han sido argumentadas anteriormente:

- 1) Las tres *categorías smithianas* que caracterizan al ser humano social en *La teoría de los sentimientos morales*, son completamente concordantes con las virtudes racionales de *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, por lo que ambos libros son compatibles y complementarios.
- 2) Adam Smith es un predecesor, junto a Kant, de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948.
- 3) Adam Smith puede considerarse como el autor intelectual de la "Educación para todos" propugnada por la UNESCO en la Conferencia de Jomtien de 1990.

- 4) Adam Smith es un precursor de la concepción actual de la Responsabilidad Social Empresarial.

## 8. Bibliografía

- ARGANDOÑA, A. (1998) *La teoría de los stakeholders y el bien común*. División de Investigación IESE. Universidad de Navarra.
- CONILL, J. (2013) *Horizontes de economía ética*. Madrid. Tecnos.
- DELORS, J. (1996) *La educación encierra un tesoro*. UNESCO
- FRANCÉS, P. (2011) “Fundamentos y enfoque de la gestión responsable”. Madrid. Cuadernos Forética 11-7-2011
- GARCIA MARZÁ, D. (2011) *Ética empresarial, del diálogo a la confianza*. Madrid. Editorial Trotta
- (2015) Nuevo escenario actual “10 años de la RSE/Sostenibilidad: lecciones aprendidas y desafíos de futuro”. Valencia. Conferencia Bankia 26-5-2015.
- GONZÁLEZ, E., GARCIA MARZÁ, D. (2006) “La Responsabilidad Social Empresarial (RSE) en Europa: la apuesta por un nuevo modelo de empresa”, en *Recerca*, revista del pensament i anàlisi, nº 6.
- HOBBS, T. (2005) *Del ciudadano y Leviatan*. Madrid. Tecnos.
- HUME, D. (2004) *Investigación sobre el entendimiento humano*. Madrid. Ediciones Istmo.
- KANT, I. (2003) *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid. Ed. Encuentro.
- (2007) *¿Qué es la Ilustración?* Madrid. Alianza Editorial.
- MORENO, J. A. (2012) “El retorno de la ética: Sobre las limitaciones del *business case* de la RSE”, en *Debats*, nº 116.
- NAVARRO, FERNANDO (2008) *Responsabilidad Social Empresarial. Teoría y práctica*, Madrid, ESIC.
- PENA LÓPEZ, J.A., Sánchez Santos, J.M. (2007). “El problema de Smith y la relación entre moral y economía”, en *Isegoría* nº 36.
- RYLE, G. (2002) *The concept of Mind*. University of Chicago Press.
- SEN, A. (2000) *Desarrollo y libertad*. Barcelona. Planeta.
- SMITH, A. (2011) *La riqueza de las naciones*. Madrid. Alianza Editorial.
- (2013) *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid. Alianza Editorial.

### Publicaciones en Internet:

COM2001. “El libro Verde de la Comisión de las Comunidades Europeas” [COM(2001) 366 de18-7-2001 en su edición final]

<http://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/PDF/?uri=CELEX:52001DC0366&from=ES>

COM2008. “Informe de 2008 sobre la Competitividad en Europa” [COM(2008) 774] y documento de trabajo SEC(2008) 2853.

<http://eur-lex.europa.eu/LexUriServ/LexUriServ.do?uri=COM:2008:0774:FIN:ES:PDF>

COM2011. “Estrategia renovada de la UE para 2011-2014 sobre la responsabilidad social de las empresas” (Bruselas, 25.10.2011 COM(2011) 681 final)

<http://eur-lex.europa.eu/LexUriServ/LexUriServ.do?uri=COM:2011:0681:FIN:ES:PDF>

FRIEDMAN, M. (1970) “The social Responsibility of business is to increase its profits”. 13-9-1970.

<http://graphics8.nytimes.com/packages/pdf/business/miltonfriedman1970.pdf>

RODRÍGUEZ BRAUN, C. (2013) Conferencia sobre “Adam Smith y el liberalismo clásico”. Universidad Francisco Marroquín (Guatemala, 3 de mayo de 2013)

<https://www.youtube.com/watch?v=u7Uikb4XVO0>

SMITH, A. (1776) *An Inquiry into de Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Londres.

[https://books.google.es/books?id=C5dNAAAACAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs\\_ge\\_summary\\_r&cad=0#v=onepage&q&f=false](https://books.google.es/books?id=C5dNAAAACAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false)

SMITH, A. (1794) *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*. Valladolid. Oficina de la viuda é hijos de Santander.

[https://www.marxists.org/espanol/smith\\_adam/1776/riqueza/smith-tomo1.pdf](https://www.marxists.org/espanol/smith_adam/1776/riqueza/smith-tomo1.pdf)